



Los Sacramentos y la Misión Social

VIVIR EL EVANGELIO, SER DISCÍPULOS



Los Sacramentos y la Misión Social

VIVIR EL EVANGELIO, SER DISCÍPULOS



Departamento de la Justicia, Paz y Desarrollo Humano

Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos
Washington, DC

Las citas del papa Benedicto XVI, Discurso, 25 de marzo de 2011, copyright © 2011, Libreria Editrice Vaticana (LEV), Vatican City; *Caritas in Veritate*, copyright © 2009, LEV; Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo 2010, copyright © 2009, LEV; *Sacramentum Caritatis*, copyright © 2007, LEV; *Deus Caritas Est*, copyright © 2006, LEV; las citas del papa Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, copyright © 2003, LEV; *Dies Domini*, copyright © 1998, LEV; *Pastores Dabo Vobis*, copyright © 1992, LEV; *Mane Nobiscum Domine*, copyright © 2004, LEV; *Christifideles Laici, Sollicitudo Rei Socialis*, copyright © 1988, LEV; *Redemptoris Missio*, copyright © 1991, LEV; *Dominicae Cena*, copyright © 1980, LEV; las citas del *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, copyright © 2004, LEV. Se reservan todos los derechos.

Los textos de la Sagrada Escritura utilizados en esta obra han sido tomados de los *Leccionarios I, II y III*, propiedad de la Comisión Episcopal de Pastoral Litúrgica de la Conferencia Episcopal Mexicana, copyright © 1987, quinta edición de septiembre de 2004. Utilizados con permiso. Todos los derechos reservados.

Las citas del *Catecismo de la Iglesia Católica*, segunda edición, © 2001, Libreria Editrice Vaticana–United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Utilizados con permiso. Todos los derechos reservados.

Las citas de los documentos del Concilio Vaticano II han sido extraídas de la página web oficial del Vaticano. Todos los derechos reservados.

Foto: Dreamstime, Bigstock, Fotolia, y Shutterstock

Primera impresión, mayo de 2013
ISBN 978-1-60137-856-9

Copyright © 2013, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Reservados todos los derechos. Se autoriza la reproducción de esta obra, sin adaptaciones, para uso no comercial.



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN **1**

CÓMO UTILIZAR ESTE RECURSO **3**

FOLLETOS **5**

Bautismo: Incorporado al Cuerpo de Cristo, enviado a la misión de Cristo **5**

Confirmación: Fortalecidos por el Espíritu, llamados a la acción **7**

La Eucaristía: El Cuerpo de Cristo, roto y entregado por el mundo **9**

La Liturgia de la Eucaristía: Formado, transformado y enviado **11**

Penitencia: Reconciliados con la relación correcta, llamados a curar y restaurar **13**


Unción de los Enfermos: Unidos a Cristo, testigos de la esperanza y la curación **15**

Matrimonio: Unidos en el amor, fortalecidos para el servicio **17**

Orden Sagrado: Ordenados para servir, congregar, transformar y enviar **19**

ESQUEMA DE SESIÓN PARA GRUPOS PEQUEÑOS **21**

PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN **25**



INTRODUCCIÓN para el ministerio con la comunidad hispana

¡Bienvenido y felicidades! Tiene en sus manos un material muy valioso para su Iglesia y su comunidad. Dios ha puesto en su camino la oportunidad de ser guía y ayudante para avanzar su reino de amor, justicia y paz.

En la carta encíclica *Deus Caritas Est* (*Dios es amor*), el papa Benedicto XVI escribe que “practicar el amor hacia las viudas y los huérfanos, los presos, los enfermos y los necesitados de todo tipo, pertenece a su esencia [de la Iglesia] tanto como el servicio de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio” (no. 22). El anuncio de la Palabra de Dios, la celebración de los sacramentos y el servicio de la caridad, dice, son “tareas que se implican mutuamente” (no. 25). En otras palabras, hay una conexión esencial entre nuestra fe y nuestra forma de poner el amor en acción en el mundo.

Esta guía es para todos, sacerdotes y ministros laicos, maestros y estudiantes, adultos y jóvenes, y aquellos que se están preparando para los sacramentos. Es para todos los católicos que buscan comprender mejor las conexiones entre la celebración de los sacramentos, nuestra misión social como seguidores de Jesús y el servicio al Cuerpo de Cristo.

Y usted, que ya ha tenido la hermosa experiencia de trabajar en el campo de la justicia y la paz, sin duda encontrará que este material facilita la oportunidad de crecer en la fe practicando la confianza en Dios y descubriendo con la ayuda de Jesucristo nuevas formas de ser instrumento fiel del Espíritu Santo.

A continuación encontrará materiales educativos con ideas y ejemplos para usarse como herramientas en el proyecto educativo “Los sacramentos y la misión social.” Son para ayudarle a ayudar a otros. Cuando los lea, le recomendamos dos pasos:

- Ponerse en espíritu de oración, pidiendo a Dios le inspire con formas sencillas y prácticas para adaptar, presentar y estudiar este material para beneficio de su propia comunidad.
- Pedir la disposición de escucha, para reconocer y valorar las ideas y el proceso con los que el Espíritu Santo conducirá a las personas de su comunidad o su grupo. Pídale a Él que sea su luz y guía para guiar a otros a recibir el contenido de las lecciones y a responder, cada uno con sus propios dones y acciones, al llamado continuo de Jesucristo a amar al prójimo como Él nos amó.

FOLLETOS

Todos los boletines incluidos en este libro pueden ser descargados y duplicados. Visite www.usccb.org/jphd y busque bajo “Resources and Tools.”

Copyright © 2013, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Reservados todos los derechos. Se autoriza la reproducción de esta obra, sin adaptaciones, para uso no comercial.

CÓMO UTILIZAR ESTE RECURSO

Aquí tiene algunas ideas para utilizar este recurso con una variedad de personas y grupos con diferentes objetivos y estructuras.

Sacerdotes y diáconos

Ayuden a los feligreses a comprender mejor la riqueza de los sacramentos y el llamado a vivir nuestra fe llevando a cabo nuestra misión evangélica en el mundo. Usen estas conexiones durante la celebración de bautizos y matrimonios, en las homilias, en los boletines, y como clases o materiales para preparar a los feligreses para recibir los sacramentos.

Educación religiosa

Los directores y catequistas fortalezcan los planes de lección integrando los folletos, oraciones y preguntas para la discusión, o utilicen el esquema de la sesión para una lección independiente acerca del crecimiento en el discipulado a través de los sacramentos.

Formación en la fe para adultos y Reuniones de Padres

Utilicen estos recursos para ofrecer formación y programas para que los adultos aprendan, reflexionen y discutan el esfuerzo que requiere seguir a Cristo, y cómo los sacramentos nos fortalecen. Consideren la posibilidad de ofrecer un programa para los padres mientras los niños se reúnen para recibir educación religiosa.

Preparación sacramental y RICA

Los maestros de religión, los catequistas, los coordinadores y padrinos de RICA y otros más pueden ayudar a los que se están preparando para los sacramentos a reflexionar en oración sobre la dimensión social de los sacramentos y el llamado al discipulado. Por ejemplo:

- **Bautismo:** Profundicen el entendimiento que tienen los padres del Bautismo de sus hijos, y del suyo propio. Integren los materiales en las sesiones del proceso de RICA.
- **Confirmación:** Ayuden a los candidatos a la Confirmación a entender su llamado a ser discípulos y a abrazar la misión de Cristo en el mundo.

- **Eucaristía:** Ayuden a los que se están preparando para su primera Eucaristía a reflexionar sobre la dimensión social de la Eucaristía y el llamado a vivir la Eucaristía
- **Penitencia y Reconciliación:** Usen el folleto para enseñar sobre la dimensión social del pecado. Las preguntas de la parte posterior del folleto pueden servir como examen de conciencia.
- **Unción de los Enfermos:** Profundicen la experiencia de Cristo de aquellos que ministran a los enfermos, y ayuden a los enfermos y a sus familias a dar testimonio de Cristo ante otros.
- **Preparación para el Matrimonio:** Reflexionen con los novios durante reuniones individuales o incluyan el material sobre las responsabilidades sociales del matrimonio como parte de la formación de pre-Caná.
- **Orden Sagrado:** Ayuden a los que se están preparando para la ordenación a imitar la misión de Cristo de servicio y justicia.

Pequeñas comunidades para compartir la fe

Utilicen el esquema de la sesión al final de este recurso durante siete u ocho semanas para profundizar en el estudio de un sacramento diferente cada semana y crecer en el amor a Dios y al prójimo.

Grupos de oración carismáticos

Utilicen el material "Esquema de sesión para grupos pequeños" dentro de las sesiones de crecimiento del grupo entero, o para el entrenamiento de servidores en su comunidad, profundizando en la gracia del sacramento del bautismo y las diferentes formas de responder al llamado universal al discipulado.

Ofrezcan un retiro para servidores y para aquellos que visitan a los enfermos y oran con ellos usando el material sobre los sacramentos de la Unción de los Enfermos, la Eucaristía o la Reconciliación, reflexionando en la acción del Espíritu Santo que da testimonio de Cristo a través de los sacramentos.

CÓMO UTILIZAR ESTE RECURSO

Asociaciones Marianas

Utilicen los folletos del Bautismo y la Unción de los Enfermos en preparación a las visitas con los enfermos. Reflexionen sobre la dimensión social de estos sacramentos, la conexión con el Cuerpo de Cristo, la misión de curación y compasión de la Iglesia, y el servicio y el testimonio de Cristo que dan los enfermos. Utilicen el material en reuniones mensuales o bimensuales, para profundizar en la acción social de la Iglesia.

Familias

Utilicen los folletos o el esquema de la sesión como base para la conversación y el intercambio de ideas durante la cena. Compartan los padres las raíces de su cultura y los hijos ofrezcan los nuevos valores de su cultura.

Programas de ministerio juvenil

Ayuden a los jóvenes a reflexionar sobre su fe y su llamado bautismal, a profundizar en el llamado de Cristo a través de la Eucaristía, a experimentar la Confirmación como un llamado al discipulado, y a madurar a través de un examen más significativo de la conciencia en preparación para la Penitencia y Reconciliación.

Quinceañeras

Proporcionen el material a la muchacha y a su familia en preparación para el evento. Reúnan al grupo de jóvenes que acompañarán a la muchacha a reflexionar en la dimensión social del Bautismo y los valores que los jóvenes cristianos pueden aportar a la sociedad.

Adviento y Cuaresma

Los equipos de liturgia o los que preparan el boletín utilicen el folleto de Penitencia y Reconciliación como recurso para la reflexión en la preparación de servicios comunales de Penitencia durante Adviento y Cuaresma, y para los que van a reconciliarse con Cristo en la Confesión. Durante la Cuaresma, utilicen las lecciones para ofrecer una serie de eventos donde los feligreses reflexionen sobre el significado de los Sacramentos de Iniciación que se celebrarán en la Pascua.

Rectores de seminarios y directores de formación sacerdotal

Integren estos materiales en los cursos y en la formación sobre los sacramentos, la liturgia, la teología moral y otros, así como en la capacitación pastoral, las prácticas y la reflexión.

Coordinadores de ministerios litúrgicos

Durante el entrenamiento de los ministros litúrgicos, usen los folletos para que los participantes profundicen en el conocimiento de la dimensión social de los sacramentos. Utilicen el material para planificar un retiro de profundización en la fe.

Ministros extraordinarios, capellanes, guardianes y personas con enfermedades

Utilicen los folletos de la Eucaristía y la Unción de los Enfermos para reflexionar sobre la dimensión social de estos sacramentos, la conexión con el Cuerpo de Cristo, la misión de curación y compasión de la Iglesia, y el servicio y el testimonio de Cristo que dan los enfermos.

Coordinadores de evangelización

Utilicen el material para publicar las ideas más sobresalientes en el boletín parroquial y llamar a la comunidad al seguimiento de Cristo a través de la vida sacramental puesta en acción.

Coordinadores de servicio parroquial y justicia social

Utilicen el material en sus reuniones para dar la bienvenida a los nuevos miembros y para profundizar en la conexión de la gracia sacramental y el servicio de la Iglesia.

Oración ante el Santísimo Sacramento

Proporcionen el folleto de la Eucaristía como recurso de reflexión para los que oran ante el Santísimo Sacramento.

Bautismo

Incorporado al Cuerpo de Cristo, enviado a la misión de Cristo



Los sacramentos celebrados por la Iglesia son signos de la gracia que hacen que una realidad más profunda se presente ante nosotros. Una realidad que encontramos a través de los sacramentos es la presencia de Cristo en la comunidad de la Iglesia, su cuerpo. Este reconocimiento de la presencia de Cristo en la comunidad debe llevar a una mayor conciencia de estar enviado en misión a emprender acciones en el mundo inspiradas en el amor.

Como señala el papa Benedicto XVI en *Deus Caritas Est (Dios es amor)*, la celebración de los sacramentos y el ministerio del amor son "inseparables." El amor en acción, dice, es "manifestación irrenunciable" de la esencia de la Iglesia (no. 25).

Esta guía se centra en el sacramento del Bautismo, el rito de iniciación en la comunidad cristiana. Mientras lee, considere el significado de su propio Bautismo, su pertenencia a la comunidad y la misión a la que se le ha enviado.

El Bautismo nos hace "miembros los unos de los otros."

Desde la época del cristianismo primitivo, el Bautismo ha sido el rito de iniciación en la comunidad cristiana de la Iglesia. En el Bautismo, el "Espíritu" nos hace miembros del Cuerpo de Cristo y "los unos de los otros" (*Catecismo de la Iglesia Católica [CIC]*, no. 1267). Juan Pablo II describe el resultado del Bautismo como una "misteriosa unidad" entre Cristo y sus discípulos, y de los discípulos entre sí, pues "todos son sarmientos de la única Vid." Esto refleja la comunión mística de la Santísima Trinidad (*Christifideles Laici [Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo]*, no. 12).

El Bautismo revela la igualdad y dignidad de cada miembro de la comunidad.

En el Cuerpo de Cristo, todos los miembros comparten "una dignidad común" de modo que "no hay . . . ninguna desigualdad por razón de la raza o de la nacionalidad, de la condición social o del sexo," pues todos son uno en Cristo (*Lumen Gentium [Constitución dogmática sobre la Iglesia]*, no. 32).

El Bautismo nos exige rechazar el pecado y reevaluar nuestros valores, decisiones y estilos de vida.

Durante el rito del Bautismo, rechazamos el pecado, renunciando a las creencias, valores y opciones que se oponen a Cristo. También rechazamos las actitudes pecaminosas que degradan la dignidad de los demás (por ejemplo, racismo, sexismo, etc.) y las prácticas que impiden que otros miembros de nuestra familia humana vivan con dignidad (por ejemplo, aborto, políticas que

perjudican a los pobres, etc.). El Bautismo nos llama a rechazar la muerte y abrazar la vida y la dignidad para todos.

En el Bautismo, profesamos nuestro compromiso con las creencias, valores y visión de la Iglesia.

En el Bautismo, abrazamos una visión y un conjunto de valores únicos: los de la comunidad de la Iglesia, cuyos valores priorizan el amor a Dios, a uno mismo, a los demás y a toda la creación. El resto de la comunidad también se une a la profesión de fe, ilustrando que la comunidad está vinculada a través de las generaciones, el espacio y el tiempo.

El Bautismo nos invita a una vocación de santidad y a la práctica de la caridad.

En el Bautismo, recibimos una "vocación a la santidad," que está "ligada íntimamente" a nuestra pertenencia a la "Comunión de los Santos," que se esfuerza por hacer presente el "reino de Dios en la historia." La participación en la Comunión de los Santos requiere un compromiso con la comunión con Cristo y una vida de caridad en "este y en el otro mundo" (*Christifideles Laici*, nos. 17, 19).

El Bautismo nos incorpora a la vida, la muerte y la resurrección de Cristo y el trabajo constante del Espíritu Santo en el mundo.

El *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia (Compendio)* nos recuerda: "Mediante el Bautismo, los laicos son injertados en Cristo y hechos partícipes de su vida y de su misión" (no. 541). La triple inmersión en el agua bautismal significa la muerte del

pecado y la entrada en la nueva vida a través de la muerte y la resurrección de Cristo. El óleo significa la unción por el Espíritu Santo y la recepción de los dones del Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos ayuda a imitar el amor auto-sacrificial de Jesús y nos permite participar en la obra del Espíritu Santo en el mundo.

El Bautismo nos lleva a imitar el ejemplo de Cristo.

Los bautizados están llamados a imitar el ejemplo de Jesús y esforzarse en pensamiento, palabra y acción por vivir su amor. Esto significa trabajar para curar las heridas del pecado, vivir las bienaventuranzas, practicar el doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo e imitar la vida de los santos (CIC, nos. 1694-97). Habiendo sido ungido por el Espíritu, “el cristiano puede, a su modo, repetir las palabras de Jesús: ‘El Espíritu del Señor está sobre mí; por lo cual me ha ungido para evangelizar a los pobres, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, y a proclamar el año de gracia del Señor’ (Lc 4:18-19)” (*Christifideles Laici*, no. 13).

El Bautismo nos hace discípulos ante el mundo.

La incorporación a Cristo y a la comunidad del Pueblo de Dios significa aceptar tomar parte e identificarse con su misión de hacerse discípulos en el mundo (CIC, no. 1276, y *Compendio*, no. 541). Juan Pablo II escribe: “En razón de la común dignidad bautismal,” toda persona bautizada “es corresponsable . . . de la misión de la

Iglesia” (*Christifideles Laici*, no. 15). Los bautizados deben trabajar como discípulos de Cristo cuidando a los enfermos, los oprimidos, los debilitados y los pecadores. Estamos llamados a llevar a cabo este trabajo no sólo en nuestras comunidades locales, sino también en la comunidad mundial de la que también somos miembros. De esta manera, podemos extender a todos el amor, la compasión y la misericordia de Dios que nosotros mismos hemos llegado a conocer.

El Bautismo nos llama a vivir en el mundo, buscando el Reino en nuestra vida cotidiana.

Durante la bendición de las aguas bautismales en la Vigilia de Pascua, recordamos la acción de Dios dentro de la historia. Por ejemplo, escuchamos sobre la liberación de Israel de la esclavitud en Egipto. Los cristianos creen que “el Bautismo no los quita [a los bautizados] del mundo.” Por el contrario, el mundo se convierte en “el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos” (*Christifidelis Laici*, no. 15). Damos expresión a nuestra realidad bautismal en “la vida cotidiana” en “el campo” del mundo (Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis* [*Sacramento de la caridad*], no. 79). Los bautizados trabajan dentro de los ámbitos “del trabajo, de la cultura, de la ciencia y de la investigación; el ejercicio de las responsabilidades sociales, económicas, políticas” para ordenarlas al Reino (*Compendio*, no. 543).

Los bautizados están llamados a contribuir a la santificación del mundo. “El ser y el actuar en el mundo” son una “realidad teológica y eclesial”

(*Compendio*, no. 543). Esta realidad es lo que nos lleva a trabajar para proteger la vida y la dignidad de todas las personas y cuidar de la creación de Dios aquí en la tierra. El papa Benedicto XVI señala que “la creación no es una realidad neutral, mera materia que se puede utilizar indiferentemente.” Por el contrario, consideramos la tierra como “creación de Dios.” Nuestro Bautismo nos ayuda a ver una “relación profunda” entre nuestro trabajo aquí en la tierra y nuestro futuro con Cristo (*Sacramentum Caritatis*, no. 92).

Los bautizados deben vivir como luces en la oscuridad.

Después de ser bautizados, reconocemos o recibimos una prenda blanca para significar que nos hemos elevado con Cristo. Recibimos una vela encendida que simboliza que somos una nueva creación, iluminada por Cristo. Ahora estamos llamados a llevar esa luz en el oscuro mundo para extender la luz a los demás (CIC, no. 1243). Lo que nos ha sido dado en el Bautismo, escribe el papa Benedicto, se da para “la edificación del Cuerpo de Cristo (cf. 1 Cor 12) y para un mayor testimonio evangélico en el mundo” (*Sacramentum Caritatis*, no. 17).

Copyright © 2013, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Reservados todos los derechos. Se autoriza la reproducción de esta obra, sin adaptaciones, para uso no comercial.

PREGUNTA PARA LA REFLEXIÓN

¿Cuál es la conexión entre tu Bautismo y trabajo para proteger la vida y dignidad de cada persona?



Confirmación

Fortalecidos por el Espíritu, llamados a la acción



La Confirmación enriquece a los bautizados con la fuerza del Espíritu Santo para que puedan dar mejor testimonio de Cristo en palabra y obra (*Catecismo de la Iglesia Católica* [CIC], no. 1285). Ungidos por el Espíritu Santo en la Confirmación, los cristianos fortalecen sus lazos con la Iglesia y se equipan mejor para llevar a cabo la misión de amor y servicio de la Iglesia.

En la Confirmación, nuestra fe y pertenencia al Cuerpo de Cristo es confirmada, o reforzada.

En el rito del Bautismo nos convertimos en nuevos miembros del Cuerpo de Cristo, pero nuestro viaje no termina ahí. La decisión de ser bautizados es seguida de un continuo crecimiento, aprendizaje y testimonio como miembros del Cuerpo de Cristo. Nuestro deseo de seguir creciendo y desarrollándonos como cristianos encuentra su expresión en la Confirmación, en que renovamos nuestras promesas bautismales y recibimos de una nueva manera el don del Espíritu Santo, lo cual refuerza nuestro “vínculo” con la Iglesia y sus miembros (CIC, no. 1316 y Juan Pablo II, *Redemptoris Missio* [*Sobre a permanente validez del mandato misionero*], no. 26).

La Confirmación nos conecta a una comunidad mayor.

La relación del obispo (quien preside el rito de la Confirmación) con la comunidad de la Iglesia en un área determinada nos recuerda nuestra conexión a la comunidad mayor de la iglesia, que es global. Por lo tanto, la Confirmación nos recuerda que pertenecemos a la Iglesia Universal y a una comunidad parroquial local (CIC, no. 1309). El crisma, el óleo sagrado utilizado durante la Confirmación, señala que la comunidad comparte el Espíritu, ya que el mismo óleo se utiliza durante el Bautismo y para ungir a obispos y sacerdotes durante el sacramento del Orden. El óleo para la Unción de los Enfermos también es consagrado durante Semana Santa. El símbolo del óleo nos recuerda la acción del Espíritu Santo sobre nosotros como miembros de la familia de la Iglesia.

En la Confirmación recibimos los dones del Espíritu Santo.

En los Evangelios, el mismo Espíritu que descendió sobre Jesús durante el Bautismo desciende sobre los apóstoles en Pentecostés (CIC, nos. 1285-1287). Las lecturas y la homilía que escuchamos en la Confirmación nos recuerdan que este mismo Espíritu está presente con nosotros hoy. En la Confirmación recibimos diversos dones espirituales que trabajan juntos para el “bien común” y “la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y las necesidades del mundo” (Juan Pablo II, *Christifideles Laici* [*Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo*], no. 24). En la Confirmación oramos por que aumenten de los dones del Espíritu en nuestra propia vida para servir a la causa de la justicia y la paz en la Iglesia y el mundo.

El Espíritu nos mueve a imitar el amor y el servicio de Cristo y los santos.

En preparación para el sacramento de la Confirmación, a menudo desempeñamos muchas horas de servicio para ayudar a los necesitados. Al hacerlo, practicamos el amor y el servicio a imitación de los santos cuyos nombres a menudo tomamos en la Confirmación. Ungidos en la Confirmación, nos fortalecemos más aún para vivir una vida que desprenda “el buen olor de Cristo,” al igual que los santos (CIC, no. 1294). El crisma sagrado se mezcla con especias aromáticas precisamente para simbolizar este “buen olor.”

El Espíritu Santo derrama amor en nuestros corazones a fin de que podamos convertirnos en “instrumentos de la gracia” y “para difundir la caridad de Dios y para

tejer redes de caridad" en el mundo (Benedicto XVI, *Caritas in Veritate* [La caridad en la verdad], no. 5). El Espíritu Santo "armoniza" nuestros corazones con el corazón de Cristo y nos mueve a amar a otros como Cristo amó cuando lavó los pies de los discípulos y dio su vida por nosotros (Benedicto XVI, *Deus Caritas Est* [Dios es amor], no. 19).

En la Confirmación renovamos nuestro compromiso de participar en la obra y misión de la Iglesia.

El sello del don del Espíritu en la Confirmación nos fortalece para el servicio permanente en el Cuerpo de Cristo en la Iglesia y en el mundo. Nos prepara para ser participantes activos en la misión de la Iglesia y dar "testimonio de la fe cristiana por la palabra acompañada de las obras" (CIC, no. 1316). Por último, el Espíritu nos envía como trabajadores de la viña e instrumentos del Espíritu Santo en la renovación de la tierra y la promoción del reino de Dios de justicia y paz.

Por lo tanto, la Confirmación es no sólo una *unción*, sino también *recibir la misión* de vivir nuestra fe en el mundo. Ya estamos llamados a la misión en virtud de nuestro Bautismo, pero en la Confirmación recibimos los dones del Espíritu (como los apóstoles en Hechos 2) para "un mayor testimonio evangélico en el mundo" (Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis* [Sacramento de la caridad], no. 17). Como discípulos y testigos de Cristo en la Iglesia y en

el mundo (CIC, no. 1319), somos enviados para actuar en nombre de los pobres y vulnerables, promoviendo la vida y la dignidad de todo ser humano.

El Espíritu Santo nos inspira a la acción evangélica que incluye el desarrollo humano y el trabajo para acabar con la injusticia.

El Espíritu Santo inspira la labor de evangelización, que incluye el trabajo no sólo para el bienestar espiritual de todos los pueblos, sino también la evangelización de sistemas y culturas (Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, nos. 42, 65). La actividad misionera de la Iglesia incluye "el compromiso por la paz, el desarrollo y la liberación de los pueblos; los derechos del hombre y de los pueblos, sobre todo los de las minorías; la promoción de la mujer y del niño; la salvaguardia de la creación," y muchas otras áreas de acción en el mundo (*Redemptoris Missio*, no. 37).

Además, la acción inspirada por el Espíritu Santo nos llama a "dar . . . testimonio de Cristo, asumiendo posiciones valientes y proféticas ante la corrupción del poder político o económico." El Espíritu también "supera las fronteras y las divisiones de raza, casta e ideología" y hace al cristiano en misión un "signo del amor de Dios en el mundo, que es amor sin exclusión ni preferencia" (*Redemptoris Missio*, nos. 43, 89).

La Confirmación nos llama a compartir la misión de Cristo de promover la vida y la dignidad.

Los bautizados, ungidos por el Espíritu Santo, se incorporan a Cristo, que es sacerdote, profeta y rey, y son llamados a compartir su misión (CIC, no. 1241).

Compartimos la misión **sacerdotal** de Cristo dándonos diariamente en unión con el supremo sacrificio de Cristo en la cruz. Como **profetas**, anunciamos el reino de Dios tanto en palabra como en obra, y damos testimonio del Evangelio en la familia, la vida social y la comunidad, y en nuestro compromiso con la vida y dignidad humana. Compartimos la misión **regia** buscando el reino de la justicia de Dios en el mundo. Hacemos esto cuando superamos el reino del pecado, damos de nosotros mismos, reconocemos a Jesús en "el más insignificante de mis hermanos" (Mt 25:40) y trabajamos por la justicia y la paz.

Todos los ungidos por el Espíritu en el Bautismo y la Confirmación comparten la misión de Cristo en Lucas 4:18: "El Espíritu del Señor está sobre mí; por lo cual me ha ungido para evangelizar a los pobres, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, y a proclamar el año de gracia del Señor" (*Christifideles Laici*, no. 13).

Copyright © 2013, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Reservados todos los derechos. Se autoriza la reproducción de esta obra, sin adaptaciones, para uso no comercial.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- *Pertenencia a la comunidad.* ¿Qué significa ser parte del Cuerpo de Cristo?
- *Dones del espíritu.* ¿Qué dones has recibido? ¿Cómo estás llamado a utilizar esos dones para beneficiar a otros?
- *Escuchar el llamado de Dios.* ¿Quién estás llamado a ser? ¿Qué estás llamado a hacer con tu vida?
- *Misión en el mundo.* ¿Cuál es la misión de la Iglesia? ¿Cuál es tu papel en llevarla a cabo? ¿Qué comisión has recibido?
- *El testimonio de los santos.* ¿Cómo te inspiran las vidas de los santos a "desprender el buen olor de Cristo"?

La Eucaristía

El Cuerpo de Cristo, roto y entregado por el mundo



La Eucaristía es la “fuente y cumbre de toda la vida cristiana” (*Lumen Gentium* [Constitución dogmática sobre la Iglesia], no. 11). En la liturgia eucarística y en nuestras oraciones ante el Santísimo Sacramento nos encontramos a la presencia de Dios de maneras personales y profundas. Pero la Eucaristía también es algo social, tal y como nos lo recuerda el papa Benedicto XVI en *Deus Caritas Est* (Dios es amor): “Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma” (no. 14). La Eucaristía, celebrada en comunidad, nos enseña acerca de la dignidad humana, nos llama a tener una relación recta con Dios, con nosotros mismos y con los demás, nos invita a la comunidad y a la solidaridad y nos envía en misión a ayudar y transformar nuestras comunidades, barrios y el mundo entero. La doctrina de la Iglesia, con sus raíces en la Sagrada Escritura y la Tradición, pone de relieve tanto la naturaleza personal como social de la Eucaristía. Esta guía destaca los escritos de Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI acerca de la naturaleza social de la Eucaristía. Sus palabras nos retan y nos llevan a un encuentro con Cristo en la Eucaristía, tanto personal como social.

Experimentamos la Eucaristía como comunidad.

La Eucaristía nos acerca cada vez más a Cristo como individuos, pero también lo hace como comunidad. Como católicos nunca ofrecemos culto verdaderamente solos, individualmente. Durante la liturgia eucarística nos reunimos jóvenes y ancianos, ricos y pobres, así como lo hacen millones de personas por todo el mundo y los santos en el cielo, para celebrar el sacrificio de Cristo. Esta poderosa realidad nos recuerda que, en palabras de Juan Pablo II: “Una comunidad realmente eucarística no puede encerrarse en sí misma” (*Ecclesia de Eucharistia* [Sobre la Eucaristía], no. 39); la Eucaristía, más bien, nos reta a reconocer nuestro propio lugar dentro de la comunidad y de la familia humana.

La Eucaristía nos hace conscientes de nuestra propia dignidad y la de los demás.

La Eucaristía es un signo de nuestra “dignidad incomparable” como personas humanas. Esta dignidad, otorgada a todas las personas independientemente de su clase social, situación económica o lugar de origen, nos hace reconocer “qué valor debe de tener a los ojos de Dios todo hombre, nuestro hermano y hermana, si Cristo se ofrece a sí mismo de igual modo a cada uno . . . Si nuestro culto eucarístico es auténtico, debe hacer aumentar en nosotros la conciencia de la dignidad de todo hombre,” escribe Juan Pablo II (*Dominicae Cenae* [Sobre el misterio y el culto de la Eucharistía], no. 6).

La Eucaristía unifica y sana las divisiones.

San Pablo enseñó que la celebración de la Eucaristía no es sincera si existen divisiones en la comunidad basadas en la clase social (1 Cor 11), en posiciones o privilegios (Rom 12) o si existen facciones dentro de la comunidad (1 Cor 1). El participar en el sacramento como miembros iguales de la familia de Cristo nos reta a unirnos como una sola familia.

La Eucaristía nos sensibiliza acerca de quienes sufren.

Al meditar sobre la Eucaristía experimentamos el amor que Cristo nos tiene a nosotros y a todos los demás. En la profundidad de la oración, el amor de Cristo por quienes sufren nos mueve y sensibiliza tanto que las palabras de san Agustín se hacen para nosotros una realidad: “El dolor de una persona, incluso del miembro más pequeño, es el dolor de todos” (*Sermo Denis*).

La Eucaristía nos mueve y nos inspira a responder.

En la Eucaristía la abundancia sin límites del amor del Padre hace que nazca “en nosotros una viva respuesta de amor,” la cual hace que “que nosotros mismos comenzamos a amar” (*Dominicae Cenae*, no. 5). Al contemplar el sacrificio de Cristo por un mundo de necesidad, nos sentimos obligados a seguir su ejemplo. Adentrados “en la dinámica de su entrega” nos sentimos llamados a darnos a nosotros mismos en solidaridad con los miembros de nuestra familia humana que afrontan injusticias (*Deus Caritas Est*, no. 13). Las palabras de san Juan Crisóstomo en el siglo IV se hacen realidad

para nosotros al reflexionar sobre Mateo 25:31-46: "¿Deseas honrar el Cuerpo de Cristo? No lo ignores cuando esté desnudo."

El amor inspirado por la Eucaristía nos permite vivir nuestra vocación cristiana.

Juan Pablo II escribió que nuestra habilidad para ir e imitar a Jesús lavando los pies de los discípulos es el "criterio [en base al cual] se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas" (*Mane Nobiscum Domine*, no. 28). "El culto eucarístico," dijo, es la expresión del "amor que nace en nosotros de la Eucaristía," aquel amor que es "la característica auténtica y más profunda de la vocación cristiana" (*Dominicae Cенаe*, no. 5).

La Eucaristía nos reta a reconocer y confrontar las estructuras de pecado.

El Cristo resucitado en la Eucaristía actúa como "urgencia de renovación interior, dirigida a cambiar las estructuras de pecado en las que los individuos, las comunidades, y a veces pueblos enteros, están sumergidos"

(Juan Pablo II, *Dies Domini* [*Sobre la santificación del Domingo*], no. 73). Estas estructuras incluyen el racismo, la violencia, la injusticia, la pobreza, la explotación y todas las demás degradaciones sistemáticas de la vida o dignidad humana. Como nos lo recuerda el papa Benedicto XVI, nuestra "comunidad entre hermanos y hermanas" en la Eucaristía hace que nazca en nosotros "la voluntad de transformar también las estructuras injustas para restablecer el respeto de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios" (*Sacramentum Caritatis* [*Sacramento de la caridad*], no. 89).

La Eucaristía nos prepara para la misión.

Ante el rostro del pecado y la injusticia que vemos presente en nuestras comunidades y en nuestro mundo, la Eucaristía pone una "semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas," retándonos a vivir vidas "eucarísticas" y afirmando nuestro papel tanto como ciudadanos como hombres y mujeres de distintas profesiones y en distintos niveles de la sociedad, cuyo cometido es "contribuir con la luz del Evangelio

a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios" (*Ecclesia de Eucaristía*, no. 20).

La Eucaristía nos impulsa y envía a transformar el mundo.

La Eucaristía "no debilita, sino que más bien estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente." Cristo en la Eucaristía nos llama "a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios" (*Ecclesia de Eucaristía*, no. 20). Maravillados por todo lo que hemos recibido en el amor y la autoentrega de Cristo, respondemos mediante el servicio a los demás y con obras de caridad, y también actuando a favor de la justicia para transformar las estructuras, políticas y leyes injustas que degradan la vida y dignidad humanas.

Copyright © 2013, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Reservados todos los derechos. Se autoriza la reproducción de esta obra, sin adaptaciones, para uso no comercial.

PREGUNTAS PARA LA ORACIÓN Y LA REFLEXIÓN ANTE LA EUCARISTÍA

1. Dedicar algo de tiempo a reflexionar sobre las citas de textos papales que aparecen en este documento.
 - ¿Cuál de ellas te inspira?
 - ¿Cuál de ellas te reta?
 - ¿Cómo puede Dios estar hablándote?
2. ¿Cuál tema(s) que afecta actualmente a tu comunidad y al mundo sientes profundamente en tu corazón? Dedicar algo de tiempo a presentar estas preocupaciones ante el Santísimo Sacramento.
3. Durante tu tiempo frente a Cristo presente en la Eucaristía, ¿sientes su compasión? ¿Su amor? ¿El deseo de transformar todo aquello que se opone a la vida y dignidad humana?
4. ¿Qué dones te ha otorgado Dios Padre? ¿Cómo puede estar pidiéndote que uses esos dones para servir a los demás?
5. ¿Cómo puede estar el Espíritu Santo inspirándote a unirse a otros para responder a problemas que puedan existir en tu familia, barrio o comunidad?

La Liturgia de la Eucaristía

Formado, transformado y enviado

En la Eucaristía “se significan” y “se realizan” nuestra comunión con Dios y nuestra unidad como Pueblo de Dios. En la Eucaristía “nos unimos ya a la liturgia del cielo” y los unos a los otros. Transformados juntos somos enviados a cumplir la voluntad de Dios en nuestra vida cotidiana (*Catecismo de la Iglesia Católica* [CIC], nos. 1325-26, 1332). De esta manera la liturgia eucarística es social por naturaleza. Es la celebración mediante la cual Dios nos lleva hacia la comunión con él y con los demás, formándonos y transformándonos para que vivamos siendo el Cuerpo de Cristo en el mundo.

Todos se reúnen

El reunirnos para el culto y el rito de entrada ponen de relieve que nos reunimos como comunidad. Nos reunimos como una sola familia, cada uno proviniendo de su vida y situaciones individuales. Con el canto de entrada elevamos nuestras voces formando un coro unido. El ministro ordenado nos guía en la señal de la cruz, la cual expresa la divina comunión que existe entre las personas de la Santísima Trinidad; y nosotros respondemos con una sola voz comunitaria. Al trazar la señal de la cruz nos dirigimos a Dios, ofreciéndonos a su presencia transformadora.

Acto penitencial

Durante el acto penitencial reconocemos el pecado que afecta a nuestra relación con Dios, con nosotros mismos, con los demás y con el mundo que nos rodea. Buscamos el amor y perdón sanadores de Cristo para que así podamos ser transformados—tanto como individuos como comunidad—en un pueblo de amor. Durante la oración del *confiteor* pedimos a los miembros de la comunidad celestial, a “Santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos,” y a nuestros hermanos y hermanas que nos rodean que recen por nosotros así como nosotros rezamos por ellos.

Liturgia de la Palabra

Es ahora cuando escuchamos la “proclamación de las maravillas obradas por Dios en la historia de la salvación” (Pablo VI, *Sacrosanctum Concilium* [Constitución sobre la Sagrada Liturgia], no. 35). A través de la Sagrada Escritura también recibimos enseñanzas, corrección y somos instruidos en justicia (2 Tim 3:16). Somos guiados e instruidos en la fe y en cómo vivir una

relación recta con Dios, con los demás, con nosotros mismos y con la creación.

Oración de los fieles

Como escribió Juan Pablo II, en la oración de los fieles “se recuerdan no sólo las necesidades de la comunidad cristiana, sino las de toda la humanidad” y la Iglesia “hace suyos ‘el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos’” (*Dies Domini* [Sobre la santificación del Domingo], no. 38).

Presentación de las ofrendas (el ofertorio)

Presentar donaciones para compartir con los pobres, junto con la presentación del pan y el vino, formaba parte de la tradición incluso de las primeras comunidades cristianas. Los escritos de los santos Pablo, Ambrosio, Juan Crisóstomo, Justino Mártir y Cipriano describen estas donaciones que ayudaban a los huérfanos, las viudas, los enfermos, los cautivos y los forasteros transeúntes. Juan Pablo II nos recuerda que presentamos ante el altar algo más que nuestro dinero o donaciones, pan y vino; también presentamos nuestros corazones. Al presentar nuestras ofrendas contribuimos “una exigente *cultura del compartir*, llevada a cabo tanto entre los miembros mismos de la comunidad como en toda la sociedad” (*Dies Domini*, no. 70).

Plegaria Eucarística

Durante la Plegaria Eucarística el sacerdote reza para que podamos compartir en la comunión de los apóstoles, santos y mártires, recordando verdaderos e inspiradores ejemplos de “tantos santos, que son para nosotros un ejemplo vivo de culto eucarístico”

(Juan Pablo II, *Dominicae Cena* [Sobre el misterio y el culto de la Eucaristía], no. 5). A medida que continúa la Plegaria Eucarística se nos recuerda el sacrificio de Cristo para hacernos un “pueblo santo” y permitirnos “gozar todos juntos de la plenitud eterna de [la] gloria” de Dios. La cuarta plegaria nos recuerda el deseo del Padre de que “no vivamos ya para nosotros mismos” y que llevemos “a plenitud su obra en el mundo.”

Durante la *consagración* el Espíritu Santo transforma los dones sobre el altar en el Cuerpo y la Sangre de Jesús. El sacrificio de Cristo no se queda sobre el altar, sino que llega a nuestros corazones al participar nosotros en él, para que lleguemos a conocer, y vivir, el amor que está presente en el sacrificio. El *anamnesis* (“Hagan esto en conmemoración mía”) nos recuerda las palabras de Cristo durante la Última Cena. Su sacrificio fortalece nuestra fe y nos leva a adentrarnos “en la dinámica de su entrega” (Benedicto XVI, *Deus Caritas Est* [Dios es amor], no. 13).

Rito de la Comunión

Con el rezo del Padrenuestro alabamos al Padre, rogamos que venga su Reino a la tierra y proclamamos de nuevo la necesidad que tenemos de reconciliarnos con Dios y con los demás. Durante el rito de la paz ofrecemos nuestras manos y corazones a los demás como signos de nuestra comunión, perdón y unión.

Antes de que el sacerdote eleve la hostia consagrada, este proclama cómo Cristo, “por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo,” dio “la vida al mundo.” En nombre de la asamblea el sacerdote reza: “Concédeme cumplir siempre tus mandamientos y jamás permitas que me separe de ti.” Al rezar para ser fieles a las enseñanzas de la Iglesia buscamos la ayuda de Dios en nuestra vida diaria para poder seguir los mandamientos

de las Escrituras y de la Tradición de nuestra Iglesia, los cuales nos llevan a una relación recta y de amor con Dios, con nosotros mismos y los demás.

Antes de recibir la Comunión reconocemos que no somos dignos y rogamos la sanación de Dios en nosotros y en nuestra comunidad. Nos preparamos para entrar en comunión con Cristo y el Espíritu, y también los unos con los otros. El papa Juan Pablo II escribió en *Dominicae Cena*: “Nos acercamos comunitariamente a la mesa.” Recibimos a Cristo como un “don y gracia para cada uno” pero también en la “unidad de su Cuerpo, que es la Iglesia” (no. 4). La Eucaristía es “sacramento de [la] unidad” de la Iglesia (no. 12).

Bendición final y despedida

El rito de conclusión y la despedida nos preparan para la misión: fortalecidos por el Espíritu Santo vivimos nuestra consagración bautismal en el mundo. Renovados con la Eucaristía somos enviados de nuevo a nuestra vida cotidiana para transformar nuestra comunidad y el mundo. El papa Juan Pablo II escribió que la oración después de la comunión, la bendición final y la despedida deberían llevar a “quienes han participado en la Eucaristía” a sentir “más profundamente la responsabilidad que se les confía.” Al volver a su vida cotidiana los discípulos de Cristo son llamados a “hacer de toda su vida un don, un sacrificio espiritual agradable a Dios (cf. Rom 12:1). [Cada discípulo] se siente deudor para con los hermanos de lo que ha recibido en la celebración” (*Dies Domini*, no. 45).

Las buenas noticias que hemos recibido deberían derramarse sobre nuestra vida y llevarnos a vivir nuestra misión en el mundo. Es por ello que el rito de conclusión no es un final, sino un principio, una llamada a que toda nuestra vida sea “eucarística,” para que así “el cristiano que participa en

la Eucaristía aprende de ella a ser *promotor de comunión, de paz y de solidaridad* en todas las circunstancias de la vida” (Juan Pablo II, *Mane Nobiscum Domine*, no. 27). Juan Pablo II lanzó el siguiente reto:

¿Por qué no dar al día del Señor un mayor clima en el compartir, poniendo en juego toda la creatividad de que es capaz la caridad cristiana? Invitar a comer consigo a alguna persona sola, visitar enfermos, proporcionar comida a alguna familia necesitada, dedicar alguna hora a iniciativas concretas de voluntariado y de solidaridad, sería ciertamente una manera de llevar en la vida la caridad de Cristo recibida en la Mesa eucarística. (*Dies Domini*, no. 72)

El papa Benedicto XVI nos recuerda, igualmente, que nuestra “comunión entre hermanos y hermanas” en la Eucaristía debe hacer que nazca en nosotros “la voluntad de transformar también las estructuras injustas para restablecer el respeto de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios” (*Sacramentum Caritatis* [Sacramento de la caridad], no. 89). La transformación que lleva a cabo Cristo en la Eucaristía debería obligarnos a afrontar las injusticias que degradan la vida o dignidad de los demás—los pobres, los no nacidos, los inmigrantes, los ancianos—todos nuestros hermanos y hermanas que están necesitados.

Más información sobre el *Misal Romano* en **www.usccb.org/romanmissal**.

Copyright © 2013, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Reservados todos los derechos. Se autoriza la reproducción de esta obra, sin adaptaciones, para uso no comercial.

Penitencia

Reconciliados con la relación correcta, llamados a curar y restaurar



La nueva vida en Cristo que comienza en el Bautismo puede debilitarse o perderse a través del pecado. El pecado rompe no sólo nuestra relación con Dios, sino también con nuestros hermanos y hermanas.

Por la nutritiva luz del Espíritu Santo, podemos prepararnos para el sacramento de la Penitencia examinando nuestras conciencias para identificar las maneras en que no estamos en una relación correcta con Dios y con los demás. Este examen también nos desafía a reconocer nuestra propia participación en las “estructuras de pecado” que degradan la vida y la dignidad de los demás.

Mediante el sacramento de la Penitencia, Dios ofrece misericordia y perdón. En respuesta a este regalo, estamos llamados a ser vehículos del amor de Cristo, enmendando faltas y restableciendo la justicia y los lazos que se han roto. Curados y perdonados, somos enviados a trabajar por la paz, la justicia y el amor en nuestras comunidades y el mundo.

El pecado daña nuestra relación con Dios y el prójimo.

En los Evangelios, Jesús enseña que el amor a Dios y el amor al prójimo están íntimamente conectados (Mt 22:38-39; Mc 12:29-31). Cuando pecamos contra los necesitados por no actuar con compasión hacia ellos, ignoramos a Cristo mismo (Mt 25:31-46). En las palabras del papa Benedicto XVI: “Cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios” (*Deus Caritas Est [Dios es amor]*, no. 16). El pecado rompe nuestra relación con Dios, y también con otros miembros del Cuerpo de Cristo (*Catecismo de la Iglesia Católica [CIC]*, no. 1440). Tómese un momento para considerar maneras en que ha infringido alguno de los Diez Mandamientos: ¿Hay falsos “dioses” (por ejemplo, cosas materiales, placer, etc.) que haya puesto por encima de Dios y otras personas? ¿Ha tratado a familiares u otras personas con falta de respeto? ¿Ha mentado, hablado mal de alguien, engañado o robado?

El pecado no es nunca un asunto individual.

El pecado daña nuestras relaciones con los demás y con toda la creación. Así pues, el pecado nunca es un asunto puramente individual y tiene dimensiones sociales (papa Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis [Sacramento de la caridad]*, no. 20; Juan Pablo II, *Reconciliatio et Paenitentia [Reconciliación y la penitencia]*, no. 15).

El pecado se manifiesta en estructuras injustas.

Las acciones (u omisiones) colectivas de los individuos crean “estructuras de pecado,” que

“se refuerzan, se difunden y son fuente de otros pecados” (Juan Pablo II, *Sollicitudo Rei Socialis*, no. 36). Por ejemplo, la pobreza extendida, la discriminación, la negación de derechos básicos y la violencia se derivan de acciones (u omisiones) de muchas personas debido a la avaricia, el racismo, el egoísmo o la indiferencia (*Reconciliatio et Paenitentia*, nos. 2, 16). Todos estamos llamados a considerar cómo contribuimos a las estructuras de pecado en nuestras elecciones personales, económicas y públicas. Por ejemplo, ¿tenemos en cuenta el trato a los trabajadores cuando hacemos compras? ¿Cómo contribuyen nuestras elecciones de consumo a la degradación ambiental? ¿Somos conscientes, estamos informados? ¿Nos tomamos el tiempo para educarnos sobre cuestiones que afectan a la comunidad y abogamos en nombre de los pobres y vulnerables?

Estamos llamados a examinar nuestras conciencias y admitir nuestras fallas.

El sacramento de la Penitencia nos desafía a examinar nuestros corazones interiormente y luego expresar exteriormente las maneras en que hemos fallado en amar a Dios y al prójimo, a través del pecado personal y del pecado social.

Examinar nuestras conciencias nos enseña cómo “mirar con sinceridad la propia existencia” para ver cuán bien estamos viviendo el Evangelio (papa Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en el curso sobre el fuero interno organizado por la Penitenciaría Apostólica*, 25 de marzo de 2011). Sólo al reconocer nuestras fallas pueden nuestros corazones convertirse a Dios para que podamos recibir su perdón y

permitir que su gracia nos cure a nosotros y a nuestras relaciones.

Recibimos el perdón y la misericordia de Dios.

El sacramento de la Penitencia nos permite recibir el perdón de los pecados y reconciliarnos con Dios, con nosotros mismos, con la familia de la Iglesia y con la familia humana, restaurando nuestra comunión rota. A través de la Penitencia, volvemos a las relaciones correctas (*Sacramentum Caritatis*, no. 20).

Trabajamos para reparar el daño que hemos hecho.

La reconciliación nos absuelve de nuestros pecados, pero no repara el daño causado. Debemos hacer lo que sea posible para reparar el daño. El *Catecismo* presenta estos ejemplos: restituir las cosas robadas, restablecer la reputación del que ha sido calumniado y compensar las heridas (no. 1459). Debemos trabajar para reparar las

relaciones con Dios y nuestro prójimo que el pecado ha perjudicado. También debemos considerar cómo podemos trabajar para transformar las estructuras de pecado que amenazan la vida y dignidad humana. Enmendando las faltas y trabajando para edificar una comunidad más justa podemos reparar el daño y también restaurar nuestra propia salud espiritual.

Toda la comunidad de la Iglesia desempeña un papel en la reconciliación.

No participamos solos en el acto de la reconciliación. Aunque el sacerdote es el ministro del sacramento de la Penitencia, toda la comunidad de la Iglesia participa en el trabajo de reconciliación (*Ordo Paenitentiae*). Cuando nos reunimos cada domingo, traemos a la memoria nuestros pecados e intercedemos unos por otros. Escuchamos la Palabra de Dios, que nos reta a reflejar los valores del Evangelio en nuestra vida y nuestras relaciones. Como el Cuerpo de Cristo,

también nos retamos unos a otros a vivir una vida de santidad, justicia y amor. La Iglesia es un instrumento de conversión, llamando a todos sus miembros al amor y la reconciliación con Dios y el prójimo.

Estamos llamados a ser perdonadores y pacificadores.

Habiendo recibido el regalo inmerecido del perdón, estamos llamados a extender el mismo perdón y misericordia a los demás. Asumimos la tarea de ser instrumentos de reconciliación en nuestras comunidades y el mundo, trabajando por la paz, la justicia y el amor.

Copyright © 2013, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Reservados todos los derechos. Se autoriza la reproducción de esta obra, sin adaptaciones, para uso no comercial.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Tómete un momento para reflexionar sobre cómo el pecado ha dañado su relación con los demás.

- ¿Qué falsos “dioses” pongo por encima de Dios y la gente?
- Después de salir de misa, ¿sigo glorificando a Dios con las acciones de mi vida?
- ¿Cómo he fallado en amar a los demás en mi familia, lugar de trabajo o comunidad?
- ¿Sostengo puntos de vista que son prejuiciosos o sesgados o que perpetúan estereotipos?
- ¿He respondido a las necesidades de los pobres y aquellos cuyos derechos son incumplidos?
- ¿Mis elecciones personales, económicas y públicas reflejan una preocupación genuina por los demás y el bien común?

- ¿Me he levantado para proteger la dignidad de los demás cuando está amenazada?
- ¿Soy consciente de los problemas que enfrenta mi comunidad local y participado en esfuerzos para encontrar soluciones?
- ¿Mis elecciones de compra toman en cuenta el bienestar de los que producen lo que compro?
- ¿Cómo protejo y cuido de la creación de Dios?
¿Hay maneras en que podría reducir mi consumo?

Adaptado de “Preguntas para examinar la conciencia a la luz de la Enseñanza Social Católica” en: www.usccb.org/beliefs-and-teachings/what-we-believe/catholic-social-teaching/upload/Examination-of-conscience-in-the-light-of-Catholic-Social-Teaching-Spanish.pdf.

Unción de los Enfermos

Unidos a Cristo, testigos de la esperanza y la curación



La Unción de los Enfermos es el sacramento que reciben los que están enfermos o sufriendo. Por la unción sagrada y la oración del sacerdote, la Iglesia entera encomienda a Cristo a los que están enfermos. La persona enferma recibe los dones del Espíritu Santo de fortaleza, fe, paz y coraje, y su sufrimiento se une al sufrimiento de Cristo, para la edificación de la Iglesia (*Catecismo de la Iglesia Católica* [CIC], nos. 1520-23).

Con el sacramento de la Unción de los Enfermos, la Iglesia lleva a cabo la misión de Jesús de brindar compasión y curación a los enfermos. Quien está enfermo también puede atender a otros. Uniendo su sufrimiento a Cristo, los que están enfermos pueden ser signos de fe y testigos de la resurrección de Cristo ante toda la comunidad (Juan Pablo II, *Christifideles Laici* [Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo], no. 54).

Una celebración comunitaria

El sacramento de la Unción de los Enfermos se celebra “de forma litúrgica y comunitaria.” En el hogar familiar, el hospital o la iglesia, los miembros del Cuerpo de Cristo se reúnen para el rito sacramental encabezado por un sacerdote. El rito penitencial seguido de la Liturgia de la Palabra y la unción sacramental de los enfermos puede inspirar y confortar tanto a los enfermos como a sus familiares y amigos que están reunidos (CIC, nos. 1517-18). Muchas parroquias tienen celebraciones comunitarias en que muchas personas reciben el sacramento. Estas celebraciones sacramentales son una fuente de “fortaleza en el dolor y en la debilidad,” de “esperanza en la desesperación,” y un “lugar de encuentro y de fiesta” para toda la comunidad (*Christifideles Laici*, no. 54).

Conexión con la comunión de los santos

La unción con óleo sagrado es un signo de bendición del Espíritu Santo al que está enfermo. El Óleo de los enfermos, que recibe una bendición diferente del Crisma, el óleo usado durante el Bautismo, la Confirmación y el Orden Sagrado, recuerda la participación de la comunidad en el Espíritu Santo y la conexión de la persona enferma con el entero Cuerpo de Cristo y la comunión de los santos.

Imitación de la compasión de Cristo

En los Evangelios, la gran compasión de Cristo hacia los enfermos se expresa en las curaciones milagrosas que realiza, las cuales curan a la persona entera, en cuerpo y alma. Parábolas como el buen Samaritano (Lc 10:29-37) y el juicio de las naciones (Mt 25:31-46) instan a los seguidores de Cristo

a compartir su ministerio de compasión y curación y a imitar su “amor preferencial por los enfermos” y todos los que sufren (CIC, nos. 1503, 1506; papa Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis* [Sacramento de la caridad], no. 22).

Solidaridad con todos los que sufren

Cuidamos de los enfermos porque los vemos como hijos de Dios y parte de nuestra familia humana. Cuando una parte del Cuerpo de Cristo sufre, todos sufrimos (1 Cor 12:26). El sufrimiento de uno afecta a todos. Por lo tanto, estamos llamados a la solidaridad, es decir, “que todos seamos verdaderamente responsables de todos” (Juan Pablo II, *Sollicitudo Rei Socialis*, no. 38; Benedicto XVI, *Caritas in Veritate* [La caridad en la verdad], no. 38).

Por nuestra compasión, recordamos a los que están enfermos que “la Iglesia participa de vuestro sufrimiento que conduce al Señor, el cual os asocia a su Pasión redentora” (Sínodo de los Obispos, *Per Concilii Semitas ad Populum Dei Nuntius*, no. 12). Estamos llamados a confortar, orar y ser solidarios con todos los que están enfermos o sufren.

Cuidar de los que sufren no es una carga, sino un regalo. Los que cuidan de los enfermos hacen un trabajo sagrado e importante; caminan con el pueblo sufriente de Cristo y de esa manera sirven a Cristo mismo (Mt 25:31-46). Los que atienden a los enfermos y los que trabajan por una atención de salud digna para todos se convierten en “la imagen viva de Cristo y de su Iglesia en el amor a los enfermos y los que sufren” (*Christifideles Laici*, no. 53).

Unión con la Pasión de Cristo

Aunque es posible que el sacramento pueda traer curación física, la Unción de los Enfermos tiene que ver principalmente con la curación de la esperanza y del espíritu. Sobre todo, el sacramento permite a la persona que está enferma unirse más estrechamente a la Pasión de Cristo. Esto da al sufrimiento un nuevo significado: una participación en la labor salvífica de Jesús. Se trata de un poderoso testimonio que se da por el bien de toda la Iglesia (CIC, nos. 1521-22).

Faros de esperanza

Juan Pablo II escribió: “También los enfermos son enviados como obreros a [la viña del Señor]” (*Christifideles Laici*, no. 53). Al unir los enfermos sus sufrimientos a los de Cristo, se convierten en portadores de la alegría

del Espíritu Santo en medio de la aflicción y en testigos de la resurrección de Cristo. La Unción de los Enfermos atestigua el hecho de que todos están llamados a participar en la redención del mundo (*Sacramentum Caritatis*, no. 22). Todos tenemos un papel en la santificación y edificación de la Iglesia, sea cual sea nuestra condición física. Como dijo el Sínodo de los Obispos a una audiencia de personas enfermas y sufrientes: “Contamos con vosotros para enseñar al mundo entero lo que es el amor” (*Per Concilii Semitas ad Populum Dei Nuntius*, no. 12).

Testimonio de dignidad

El sacramento nos recuerda que toda persona está hecha a imagen y semejanza de Dios y tiene una dignidad que permanece intacta, sufra el cuerpo lo que sufra. La atención a los enfermos

es un poderoso testimonio del hecho de que la dignidad humana es intrínseca y no aumenta o disminuye según el estado físico o habilidades de una persona. Por eso la Iglesia trabaja para proteger la vida y la dignidad de la persona en cada etapa de la vida—el embrión, la persona que sufre de sida, la familia en la pobreza y la persona que se acerca a la muerte—y por ello trabaja por procurar el acceso a una atención de salud digna para todos.

Copyright © 2013, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Reservados todos los derechos. Se autoriza la reproducción de esta obra, sin adaptaciones, para uso no comercial.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Para los que están enfermos: El papa Paul VI, al clausurar el Concilio Vaticano II, dijo:

Vosotros, que sentís más el peso de la cruz . . . vosotros, los pacientes desconocidos, tened ánimo; vosotros sois los preferidos del reino de Dios, el reino de la esperanza, de la bondad y de la vida; vosotros sois los hermanos de Cristo paciente y con El, si queréis, salváis al mundo. (Mensaje a los pobres, enfermos y a todos los que sufren)

¿Qué papel desempeñas en atender al pueblo de Dios?

Para los que están sanos: El papa Benedicto XVI señaló:

Siguiendo su ejemplo [de Cristo], todo cristiano está llamado a revivir, en contextos distintos y siempre nuevos, la parábola del buen Samaritano, el cual, pasando al lado de un hombre al que los ladrones dejaron medio muerto al borde del camino, “al verlo tuvo compasión.” (Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo 2010)

¿Cómo estás llamado a seguir el ejemplo de Cristo?

Matrimonio

Unidos en el amor, fortalecidos para el servicio

En el matrimonio cristiano, los cónyuges siguen el ejemplo del amor y la autodonación de Cristo. Al darse a sí mismos y servir el uno al otro, a su familia y a su comunidad, se ayudan mutuamente a vivir el llamado de Cristo al discipulado, el amor y el servicio. El matrimonio proporciona una base para una familia comprometida con la comunidad, la solidaridad y la misión de Jesús en el mundo.

El amor entre los cónyuges en el matrimonio refleja el amor de Cristo por la Iglesia.

El amor mutuo de los cónyuges refleja el propio amor de Dios por la humanidad (*Catecismo de la Iglesia Católica* [CIC], no. 1604). En las Escrituras, la “comunidad de amor” de Dios con su pueblo se ve en el pacto que forma con ellos, así como en el autoofrecimiento de Jesús en la cruz. El pacto de amor en que los cónyuges entran en el matrimonio refleja el amor de Cristo por la Iglesia y su autodonación en nombre de la humanidad (*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* [Compendio], no. 219).

El matrimonio refleja la comunión y la unión de la Trinidad.

Durante el rito del matrimonio, la pareja intercambia anillos como signo de amor y fidelidad en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Como los miembros de la Trinidad, la pareja unida también se convierte en una “comunidad de personas.” Así como el Padre, el Hijo y el Espíritu están unidos en “relacionalidad pura,” mutuo amor y autodonación (*Caritas in Veritate* [La caridad en la verdad], no. 54), los cónyuges cristianos están llamados a dar de sí mismos el uno al otro (*Familiaris Consortio* [Sobre la familia], no. 19).

El matrimonio nos libera para el sacrificio y la autodonación.

Durante el intercambio de votos, la pareja promete dar de sí mismos el uno al otro y amarse y apoyarse mutuamente a pesar de sus defectos y carencias. Los cónyuges se ayudan mutuamente a “vencer el repliegue sobre sí mismo, el egoísmo, [y] la búsqueda

del propio placer” de modo que puedan servir a los demás en imitación de Cristo (CIC, no. 1609, *Compendio*, no. 219). Con la ayuda de Cristo, los cónyuges son capaces de amar, perdonar y servir (CIC, no. 1642). La bendición nupcial destaca especialmente cómo la pareja es llamada a cuidar no sólo el uno al otro, sino también a los niños, la familia y la comunidad en general.

El matrimonio nos fortalece para el servicio en el mundo.

El amor entre los cónyuges los ayuda a ser signos del amor de Cristo en el mundo (*Compendio*, no. 220). Su amor mutuo se realiza en “la obra común del cuidado de la creación” (CIC, no. 1604). Se ayudan mutuamente a vivir su vocación como laicos, que buscan el reino de Dios en su vida diaria trabajando por la justicia, la paz y el respeto por la vida y la dignidad de todos (*Compendio*, no. 220; *Familiaris Consortio*, no. 47). Los cónyuges cristianos, señala el *Compendio*, deben ser “testigos de una sociabilidad nueva, inspirada por el Evangelio y por el Misterio pascual” (no. 220).

El matrimonio proporciona la base para la familia y la formación de “nuevos ciudadanos de la sociedad humana.”

Del matrimonio procede la familia, “en la que nacen nuevos ciudadanos de la sociedad humana” y son hechos hijos de Dios a través de la gracia del Espíritu Santo en el Bautismo (*Lumen Gentium* [Constitución dogmática sobre la Iglesia], no. 11). La casa se llama la “Iglesia doméstica” (CIC, no. 1666): el lugar donde los padres enseñan a sus hijos

fe, amor, justicia y preocupación por los demás. Los padres son “los principales y primeros educadores de sus hijos.” La familia es la comunidad donde los niños “pueden aprender los valores morales, se comienza a honrar a Dios y a usar bien de la libertad” (CIC, nos. 1653, 2207).

La familia da testimonio de fe, amor, unidad, paz y justicia.

La pareja casada—en sí misma un signo de gracia—trabaja para formar una familia, que es un “signo de unidad para el mundo” y un “testimonio del Reino” de justicia y paz (*Compendio*, no. 220, *Familiaris Consortio*, no. 48). El hogar es el lugar donde cada persona aprende “solidaridad y responsabilidades comunitarias” (CIC, no. 2224). Los padres forman a sus hijos, desde la infancia, para reconocer el amor de Dios por todos, para atender “las necesidades del prójimo, tanto de orden material como espiritual,” para compartir en común con los demás y a participar en la comunidad local (*Apostolicam Actuositatem* [*Decreto sobre el apostolado de los laicos*], no. 30).

El matrimonio y la familia inspiran solidaridad con la familia humana.

En la sección denominada “La familia y la sociedad,” el *Catecismo* señala que ser miembro de una familia nos ayuda a ampliar nuestra definición de quién está incluido en nuestra familia. En nuestros conciudadanos, aprendemos a ver a “los hijos de nuestra patria,” en los bautizados, “los hijos de nuestra madre, la Iglesia,” y en toda persona humana, “un hijo o una hija” del Padre. Nuestras relaciones dentro de la familia inmediata proporcionan una base para que nuestras relaciones con el prójimo se conviertan en “personales.” Llegamos a reconocer a nuestro prójimo no como un “individuo” sino como un “alguien” que “merece una atención y un respeto singulares” (no. 2212). De esta manera comienza en la familia el trabajo por la justicia, la vida y la dignidad.

Los derechos de las familias y las parejas casadas deben tener prioridad en las políticas públicas.

El bienestar de las personas y las sociedades está vinculado a “la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar” (*Gaudium et Spes* [*Constitución pastoral sobre la iglesia en el mundo actual*], no. 47). Por lo tanto, debemos “establecer políticas que promuevan la centralidad y la integridad de la familia, fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer,” “haciéndose cargo también de sus problemas económicos y fiscales [de la familia]” (papa Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, no. 44).

En particular, debemos preservar los derechos de la familia en la legislación civil y las políticas y trabajar para garantizar “que en el gobierno de la sociedad se tengan en cuenta las necesidades familiares en cuanto se refiere a la habitación, educación de los niños, condición de trabajo, seguridad social y tributos.” También debemos trabajar para garantizar “que se ponga enteramente a salvo la convivencia doméstica en la organización de emigraciones” (*Apostolicam Actuositatem*, no. 11).

Copyright © 2013, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Reservados todos los derechos. Se autoriza la reproducción de esta obra, sin adaptaciones, para uso no comercial.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- Como cónyuge o miembro de una familia, ¿cómo puedes imitar el amor de Cristo y la comunión de la Santísima Trinidad en tus propias relaciones?
- ¿Qué puedes hacer en tu familia para proporcionar una base sólida para la fe, la paz, la solidaridad con la familia humana mundial, y un compromiso con la vida y la dignidad de la persona humana?



Orden Sagrado

Ordenados para servir, congregar, transformar y enviar



En virtud de nuestro Bautismo, todos los cristianos forman parte de un *sacerdocio común* de los creyentes. Todos estamos llamados a participar en la misión de Cristo. Mediante el sacramento del Orden, obispos y sacerdotes reciben un papel especial en la realización de esta misión. Ejercen un *sacerdocio ministerial*. Los diáconos también reciben una gracia especial a través de la ordenación y son llamados a ayudar al ministerio de obispos y sacerdotes (*Catecismo de la Iglesia Católica* [CIC], nos. 1547, 1554).

El papa Benedicto XVI escribe: "Antes que nada, el sacerdote es servidor" (*Sacramentum Caritatis* [*Sacramento de la caridad*], no. 23). Al congregar a la comunidad, plasmar el amor de Cristo por los pobres, presidir la Eucaristía y evangelizar las realidades sociales, los ministros ordenados ayudan a los cristianos a imitar la misión de Cristo de amor y justicia.

Representantes de Cristo

Mediante la ordenación, los sacerdotes se convierten en representantes de Cristo en la Iglesia, como testigos de la santidad y el amor, predicadores del Evangelio, pastores de los fieles, convocantes del culto divino y edificadores de la Iglesia. Mediante su ministerio, los sacerdotes son llamados, en imitación de Cristo, a "anunciar a los pobres la Buena Nueva . . . a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor" (Lc 4:18) (Juan Pablo II, *Pastores Dabo Vobis* [*Os daré pastores*], no. 11). Los diáconos, también, están ordenados a imitar Cristo en su ministro de servicio y caridad a los pobres y necesitados en la comunidad.

Proclamadores de la Palabra

Como compañeros de trabajo con sus obispos en la enseñanza y realización de la misión de Cristo, los sacerdotes y los diáconos proclaman la Palabra de Dios a su pueblo. Esto incluye la educación sobre la doctrina social de la Iglesia, que se basa en las Escrituras y en la Tradición, y ayudar a los miembros de la comunidad a tomar "conciencia del derecho y el deber de ser sujetos activos de esta doctrina" (*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* [*Compendio*], no. 539).

Pastores

A cada obispo se le confía el cuidado de una iglesia particular y los sacerdotes y los diáconos ayudan a pastorear localmente al Pueblo de Dios. El ministerio pastoral requiere que los ministros ordenados desarrollen competencias en "análisis

social y organización de la comunidad" y en el ministerio intercultural (Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos [USCCB, por su sigla en inglés], *Plan básico para la formación permanente de los sacerdotes*, 30). Los sacerdotes deben "animar la acción pastoral en el ámbito social," especialmente ayudar a los cristianos laicos que participan en la vida política y social (*Compendio*, no. 539). La preocupación pastoral se extiende más allá de la Iglesia local; obispos y sacerdotes deben también atender los problemas que afrontan las gentes del mundo, "compartiendo sus vicisitudes" y "asumiendo una actitud de solidaridad con los pobres" (Juan Pablo II, *Ecclesia in America* [*La Iglesia en América*], no. 39).

Celebrantes de la Eucaristía

Obispos y sacerdotes presiden la Eucaristía, ofreciendo el sacrificio en nombre de toda la Iglesia, el Cuerpo de Cristo (CIC, no. 1553). En la celebración de la Eucaristía, el Espíritu Santo transforma al pueblo de Dios para la misión. En palabras del obispo William S. Skylstad:

Especialmente en la celebración de la Eucaristía, ayudamos a nuestro pueblo a encontrar a Jesús en su vida a través de la palabra, el sacramento y la comunidad. También les ayudamos a apreciar que cuando salen del edificio de la iglesia entran al mundo como pueblo eucarístico. También ellos deben "lavar los pies de la humanidad" (*Priests for a New Millennium*, 158).

En otras palabras, al presidir la Eucaristía, los sacerdotes ayudan a los cristianos a "vivir su compromiso social" como fruto de su culto (*Compendio*, no. 539).

Edificadores de la comunidad

El ministerio ordenado es un recordatorio de nuestra naturaleza “comunitaria” porque sólo puede llevarse a cabo en comunión con los demás. Por ejemplo, los sacerdotes ejercen su ministerio en comunión con su obispo, con otros sacerdotes y con los fieles laicos. Un importante papel del sacerdote es reunir a toda la comunidad tanto en el culto como en la edificación de la Iglesia en el mundo. Ser “el hombre de la comunión” significa que un sacerdote debe ser “el hombre de la misión y del diálogo,” trabajando por la unidad, la justicia y la paz con otros credos, personas de buena voluntad y con aquellos que son pobres y vulnerables (*Pastores Dabo Vobis*, no. 18).

Misioneros

Juan Pablo II señala: “Todos los sacerdotes deben de tener corazón y mentalidad misioneros,” sea que sirvan cerca de su hogar o al otro lado del mundo (*Redemptoris Missio* [*Sobre a permanente validez del mandato misionero*], no. 67). Los sacerdotes pueden tener corazón misionero mediante su atención a las luchas de sus hermanos y hermanas en todo el mundo y recordando la solicitud de “toda la Iglesia por la humanidad entera” en sus oraciones y en el sacrificio eucarístico (ibid.). Esta perspectiva global debe ser contagiosa; los sacerdotes deben trabajar para “plasmear la comunidad que se les ha confiado para que sea una comunidad auténticamente misionera” (*Pastores Dabo Vobis*, no. 32). Los diáconos, también, están

enviados por Cristo y tienen un papel en llevarlo al corazón de la comunidad parroquial y más allá.

Servidores

San John Vianney escribió: “El sacerdocio es el amor del corazón de Jesús.” Asimismo, san Agustín señaló que el sacerdocio es el oficio del buen pastor quien ofrece su vida por sus ovejas. En suma, “Antes que nada, el sacerdote es servidor” (papa Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis*, no. 23). Así como Cristo “se anonadó a sí mismo” (Flp 2:7) para convertirse en el servidor sufriente, así también los sacerdotes se dan en servicio por la Iglesia y el mundo. El estilo de vida célibe, que alienta un corazón indiviso en aquellos comprometidos a él, fomenta este tipo de servicio que se anonada a sí mismo. También los diáconos ejemplifican el servicio al ayudar al obispo y los sacerdotes en sus ministerios y al dedicarse a ministerios de caridad (CIC, no. 1571).

Defensores de los pobres

Los ministros ordenados son guiados por el Espíritu Santo para tener un amor preferencial “por los pobres, los enfermos y los necesitados” y para identificarse con Cristo sacerdote y víctima (CIC, no. 1586). Esta obligación especial por “los pobres y . . . los más débiles” es en imitación del propio amor de Jesús por los pobres y su solicitud por los enfermos y agonizantes (*Presbyterorum Ordinis* [*Decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros*], no. 6).

Testigos

Los ministros ordenados deben vivir en el mundo pero también ser testigos que representen virtudes que conduzcan a las ovejas al verdadero redil. Estas virtudes incluyen el amor, la bondad y “la asidua preocupación de la justicia” (*Presbyterorum Ordinis*, no. 3).

Difusores de la doctrina social católica

Como la doctrina social de la Iglesia es uno de los “componentes esenciales” de la “nueva evangelización” (*Pastores Dabo Vobis*, no. 54), quienes se preparan para el sacerdocio deben desarrollar un “conocimiento cualificado” de la doctrina social católica y “un vivo interés por las cuestiones sociales de su tiempo” (*Compendio*, no. 533).

Evangelizadores de las realidades sociales

Los obispos, ayudados por los sacerdotes, diáconos, religiosos, y religiosas, son los responsables de la “evangelización de lo social” (*Compendio*, no. 539) por ser “portavoces articulados e intérpretes de la doctrina social católica en las circunstancias actuales” (*USCCB, Programa de formación sacerdotal*).

Copyright © 2013, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Reservados todos los derechos. Se autoriza la reproducción de esta obra, sin adaptaciones, para uso no comercial.

PREGUNTA PARA LA REFLEXIÓN

¿Cómo te ayuda esta reflexión a comprender mejor el papel del obispo, el sacerdote o el diácono?



ESQUEMA DE SESIÓN PARA GRUPOS PEQUEÑOS

Duración de la sesión: 75-90 minutos

Materiales necesarios

- Una Biblia
- Copias del folleto del sacramento que se estudiará en la sesión (una para cada participante)
- Lápices o bolígrafos para cada participante
- Hojas sueltas para notas. (Como alternativa, proporcione a cada participante una libreta o una carpeta de tres anillos para coleccionar los folletos y sus reflexiones personales. Perfore los folletos con anticipación.)

Preparación

Disponga las sillas en un círculo y establezca un espacio de oración con una Biblia abierta sobre una mesa en el centro. Puede decorar el espacio de oración con un paño, una vela, un crucifijo pequeño u otros elementos.

El número ideal para un grupo pequeño es 8 participantes. Si está usando este esquema con un grupo más grande, adapte todos los elementos según sea necesario.

Abra la Biblia en el pasaje que corresponda al tema de la sesión (véase más abajo).

Seleccione a una persona con antelación para que se prepare a leer el pasaje en el momento oportuno. Pídale que lea despacio y que devuelva la Biblia a la mesa de centro al terminar la lectura.

Presentaciones (10-20 minutos)

Opcional (10 minutos adicionales): Dedique un momento de la reunión para que los participantes se conozcan entre sí y formen comunidad. Proporcione temas de conversación “rompehielos” para que las personas platiquen en parejas a medida que van llegando, por ejemplo, “¿Cuál es su primer recuerdo de [insertar nombre del sacramento]?” o “¿Por qué [insertar nombre del sacramento] es importante para usted?”

Después, cada persona comparte su nombre y por qué ha venido a la reunión con el grupo grande. (10 minutos) Si su grupo es muy grande puede formar grupos pequeños de 3 o 4 parejas.

Canto opcional (3 minutos)

Pueden incluir un par de minutos para cantar juntos un canto conocido o algún otro canto sencillo que corresponda con el mensaje y el objetivo de cada sesión.

Oración inicial (5-10 minutos)

El facilitador anuncia a todos que el propósito de la reunión de hoy es reflexionar sobre el sacramento de [insertar el nombre del sacramento] y cómo el Evangelio los llama a la misión.

Explique brevemente que los sacramentos que celebra la Iglesia son signos de la gracia que hacen que una realidad más profunda se haga presente entre nosotros. Una realidad con que nos encontramos a través de los sacramentos es la presencia de Cristo en la comunidad de la Iglesia, su cuerpo. Este reconocimiento de la presencia de Cristo en la comunidad debe conducir a una mayor conciencia de haber sido enviados en misión para participar en el mundo con acciones concretas e inspiradas en el amor.

Invite a todos, en silencio, a tomar conciencia de la presencia de Dios.

Pida al primer lector, seleccionado con anticipación, que lea el versículo de las Escrituras que corresponda al tema de la sesión:

- **Bautismo:** Juan 15:1-11 (“Yo soy la vid, ustedes los sarmientos”)
- **Confirmación:** Lucas 4:16-22 (Jesús anuncia: “El espíritu del Señor está sobre mí . . .”)
- **Eucaristía:** Juan 6:1-15 (La multiplicación de los panes)
- **Penitencia y Reconciliación:** Mateo 25:31-36 (La oveja y los cabritos)
- **Unción de los Enfermos:** Marcos 2:1-12 (La curación del parálítico)
- **Matrimonio:** Mateo 5:13-16 (Ustedes son la luz del mundo) (Opción alternativa: Mateo 22:35-40 [El mandamiento más grande])
- **Orden Sagrado:** Juan 21:15-17 (“Apacienta mis corderos”)

Hagan una pausa de 60 segundos para reflexionar en silencio sobre la Palabra de Dios.

A continuación, el líder hace la oración:

Padre amoroso,

Abre nuestros corazones a las realidades ocultas:

tu amor por todas las personas
tu presencia en la comunidad
tu llamado a la justicia y la paz.

Que los sacramentos susciten en nosotros ese mismo amor por aquellos con quienes nos reunimos a adorarte y por todos los miembros de nuestra familia humana.

Cristo Jesús,

Ayúdanos a imitar tu ejemplo:

sanar a los enfermos
acoger al extranjero
ayudar a los pobres y vulnerables.

Que los sacramentos nos recuerden de tu amor y tu entrega que nos esforzamos por imitar.

Espíritu Santo,

Haz visible a nuestros ojos lo que es invisible:

tu llamado a tu pueblo
tu exhortación a vivir nuestra fe todos los días como testigos de la justicia y la paz.

Que los sacramentos nos muevan a participar en acciones inspiradas en el amor y que nos transformen a nosotros y al mundo.

Amén.

Lecturas sacramentales (15-20 min)

En la encíclica *Deus Caritas Est* (*Dios es amor*), el papa Benedicto XVI escribe:

Jesús, haciendo de ambos un único precepto, ha unido este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en el Libro del Levítico: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (19:18; cf. Mc 12:29-31). Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4:10), ahora el amor ya no es sólo un "mandamiento," sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro. (no. 1)

Explique brevemente a los participantes que nuestro llamado a amar y cuidar a nuestros hermanos y hermanas tiene sus raíces, principalmente, en el amor que Dios nos tiene, el cual aprendemos y experimentamos al imitar la relación de Jesús con su Padre. Nuestra experiencia del amor de Dios nos conduce a dar nuestra respuesta. En la sesión de hoy vamos a reflexionar sobre cómo nuestra relación con Cristo, profundizada por medio de los sacramentos, nos lleva a responder con amor a nuestro prójimo en sus necesidades.

Invite a los miembros del grupo a turnarse para leer, despacio y en voz alta, los párrafos del folleto. Si su grupo es grande, puede escoger con anticipación el número necesario de personas que lean en voz alta.

Ahora invite a los miembros del grupo a pasar unos minutos leyendo otra vez los folletos por su propia cuenta. Si lo considera útil, puede dividirlos en parejas para que se apoyen unos a otros con la lectura. El facilitador da estas instrucciones:

1. Al leer, marquen o subrayen las palabras o frases que "saltan a la vista."
2. Cuando terminen, vuelvan a las palabras que marcaron y pongan sus comentarios o notas en el margen, o en un papel o libreta, mencionando por qué esas palabras o frases son significativas.
3. *Opcional (5-10 min): Dé tiempo a los participantes para que escriban algunos pensamientos o ideas en sus libretas.*

Discusión (25-30 min)

Busque las preguntas para la discusión que correspondan al tema de la sesión. Para ayudar a crear un ambiente amistoso y positivo para compartir la fe, anuncie estas sencillas directrices:

- Escuchen con atención.
- Utilicen frases en primera persona (yo creo, yo pienso). (Al hablar, asuman responsabilidad por lo que cada uno expresa. No hablen por "ellos" o "nosotros.")
- Ayuden a todos a participar. (No dominen.)
- Manténganse en el tema y concéntrense en el mensaje del Papa.
- Sean respetuosos y amables en todo momento.
- Cuiden que lo que suceda en el grupo se quede en el grupo.

Si su grupo es grande distribuya a los participantes en grupos pequeños.

Anuncie con 5 minutos de anticipación la transición a la siguiente actividad.

Discernir una respuesta (15 min)

Felicite a los participantes y motívelos a participar en la siguiente parte. Pregúnteles:

- ¿Qué cambio hubo en su perspectiva a través de la discusión de hoy? ¿Ven este sacramento de manera diferente?
- ¿Qué acciones concretas siente que el Espíritu Santo le inspira a ofrecer como respuesta?

He aquí algunas preguntas con las que el facilitador puede ayudar a los participantes a dar sus respuestas:

- Así como una cruz tiene vigas en dos direcciones, vertical y horizontal, así estamos llamados a vivir nuestra fe en dos direcciones: vertical (nuestra relación con Dios) y horizontal (nuestra relación con los demás). ¿Cuál es más fácil para usted? ¿Dónde necesita crecer? ¿Puede ver la conexión entre la gracia de Dios y la inspiración y deseo de servir al prójimo?
- ¿Qué miembros de su comunidad están necesitados?
- ¿Qué esfuerzos se están haciendo hoy para garantizar que la dignidad de toda persona sea respetada? ¿Cómo podría usted participar?
- Como miembro del Cuerpo de Cristo, llamado a dar testimonio en el mundo, ¿de qué manera aprecia usted la vida y la dignidad de toda persona?

Oración final (10 min)

Invite a los participantes a ofrecer intercesiones espontáneas que integren el tema de la discusión. Después de cada intercesión oren todos: "Señor, escucha nuestra oración." Cuando todos hayan terminado de ofrecer intenciones, termine con la Oración del Señor. Si el grupo es muy grande, puede prepararse para hacer la última intercesión cuando el tiempo haya concluido. Si los participantes lo desean, incluya unos minutos extra al final para entonar un canto alegre de despedida.

He aquí ejemplos de algunas intenciones para complementar en caso necesario.

Bautismo

Por todos los miembros de la familia de Cristo, para que el tomar conciencia de nuestra pertenencia a la comunidad nos inspire a cuidar de todos sus miembros. Oremos al Señor . . .

Por todos los nuevos miembros de la Iglesia, y por los que se preparan para el bautismo, especialmente los que mencionamos ahora . . . (pausa para que se mencionen los nombres), para que asuman el llamado bautismal al discipulado. Oremos al Señor . . .

Confirmación

Por todos los que fueron confirmados recientemente, o que serán confirmados, especialmente los que mencionamos ahora . . . (pausa para que se mencionen los nombres), para que imiten el amor y el servicio de Cristo y de los santos. Oremos al Señor . . .

Oremos en acción de gracias por los dones del Espíritu en nuestra propia vida, especialmente los dones que mencionamos ahora. (Invite a todos a mencionar un don espiritual por el que están agradecidos.) Para que usemos estos dones para servir a la causa de la justicia y la paz. Oremos al Señor . . .

Eucaristía

Por todos los creyentes, para que la Eucaristía nos desafíe a una relación correcta y solidaria con todos los que sufren. Oremos al Señor . . .

Por aquellos que pronto harán, o que han hecho recientemente, su Primera Comunión, especialmente los que mencionamos ahora . . . (pausa para que se mencionen los nombres), para que lleven vidas "eucarísticas" de servicio. Oremos al Señor . . .

Penitencia y Reconciliación

Por todos los pecadores, para que reconozcamos las formas en que el pecado daña nuestra relación con Dios y con los demás, para que lleguemos al arrepentimiento y la conversión. Oremos al Señor . . .

Para que la gracia del Espíritu Santo nos limpie y purifique de nuestra participación en las estructuras del pecado, especialmente las que mencionamos ahora . . . (pausa para que se mencionen ejemplos) Oremos al Señor . . .

Unción de los Enfermos

Por la Iglesia, para que todos imitemos la compasión y el amor de Cristo hacia los que sufren. Oremos al Señor . . .

Por los enfermos, especialmente los que mencionamos ahora . . . (pausa para que se mencionen los nombres), para que sean testigos de la fe y la esperanza. Oremos al Señor . . .

Matrimonio

Por los prometidos en matrimonio, especialmente los que mencionamos ahora . . . (pausa para que se mencionen los nombres), para que su amor por Dios y del uno por el otro los fortalezca para el servicio en el mundo. Oremos al Señor . . .

Por todas las parejas casadas, especialmente las que mencionamos ahora . . . (pausa para que se mencionen los nombres), para que sus matrimonios proporcionen un cimiento sólido a familias comprometidas con la comunidad, la solidaridad y la misión de amor de Cristo. Oremos al Señor . . .

Orden Sagrado

Por nuestro obispo [insertar nombre], por nuestro párroco [insertar nombre] y por [insértese el nombre de otros sacerdotes, y diáconos, que sirvan a la parroquia], para que a través de su ministerio sirvan como modelos de amor y servicio, justicia y paz. Oremos al Señor . . .

Por los recién ordenados o los que se preparan para la ordenación, especialmente los que mencionamos ahora . . . (pausa para que se mencionen los nombres), para que lleven a cabo la misión de Cristo de caridad y justicia. Oremos al Señor . . .

Al finalizar la serie de las ocho sesiones, si los participantes se animan, pueden planificar algún evento parroquial para celebrar el crecimiento del grupo o los grupos. Por ejemplo, el grupo puede ofrecer una cena o comida a la comunidad después de la misa dominical o durante la semana, y durante este evento invitar a otros parroquianos a formar un nuevo grupo o grupos de estudio. Así comparte con familiares o amigos y continúa la tradición de estudio en la parroquia. O en lugar de la comida, el grupo puede organizar un evento de acción social comunitaria e invitar a otros parroquianos a formar nuevos grupos de estudio.

RECURSOS ADICIONALES PARA EL ESTUDIO

Sacramental Catechesis: An Online Resource for Dioceses/Eparchies (SACCAT),

Committee on Evangelization and Catechesis, United States Conference of Catholic Bishops (USCCB) (otoño 2013), www.usccb.org/about/evangelization-and-catechesis

Las versiones electrónicas de estos folletos están disponibles en la sección de “Resources and Tools” del Departamento de Justicia, Paz y Desarrollo Humano de la USCCB en la página web www.usccb.org/jphd.



PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN

BAUTISMO

“El Bautismo hace de nosotros miembros del Cuerpo de Cristo. ‘Por tanto [. . .] somos miembros los unos de los otros’ (Ef 4:25)”
(Catecismo de la Iglesia Católica [CIC], no. 1267).

El bautismo es el rito de iniciación en la comunidad cristiana. Por el Bautismo, nos convertimos en miembros del cuerpo de Cristo y somos llamados a imitar la misión de Cristo.

1. ¿Qué le “saltó a la vista” en los pasajes que leyó?
2. El sacramento del Bautismo es el rito de iniciación en la comunidad cristiana. ¿Por qué es importante la comunidad para usted? ¿Por qué viene aquí a rendir culto en lugar de quedarse en casa y orar a solas?
3. ¿De qué manera están los miembros de nuestra comunidad de fe “conectados entre sí”? ¿Qué tienen en común todas las personas como seguidores de Cristo? ¿Cómo nuestras acciones (o inacción) individuales (y colectivas) se afectan entre sí?
4. Nuestro Bautismo nos hace parte de una “Comunión de los Santos,” que se esfuerza por hacer presente sacramentalmente el “reino de Dios en la historia.” ¿Cuáles santos le inspiran? ¿Cómo escucha el llamado a imitar su ejemplo?
5. El bautismo nos hace partícipes de la vida y misión de Cristo. ¿De qué manera está llamado a “imitar” a Cristo y participar de su ministerio de sacrificio, enseñanza y amor? ¿Hay algún grupo en su comunidad o parroquia que le ayuda a escuchar el llamado del Espíritu Santo a participar en esta misión?
6. ¿Cuál es la conexión entre su Bautismo y el trabajo para proteger la vida y la dignidad de cada persona? ¿Puede ver la conexión del Espíritu Santo y el ejemplo que la vida de la Virgen María nos invita a imitar hoy en la comunidad?
7. *Para los padres:* ¿Cómo la fe y el desarrollo espiritual se parecen al cuidado constante de sus hijos? ¿Por qué el proceso de crecimiento en la fe de sus hijos es importante para ustedes?

CONFIRMACIÓN

“A los bautizados ‘el sacramento de la Confirmación los une más íntimamente a la Iglesia y los enriquece con una fortaleza especial del Espíritu Santo’” (CIC, no. 1285).

La Confirmación enriquece a los bautizados con la fuerza del Espíritu Santo para que puedan ser testigos de Cristo en palabra y obra (CIC, no. 1285). Ungidos por el Espíritu Santo en la Confirmación, los cristianos fortalecen su lazo con la Iglesia y se equipan mejor para llevar a cabo la misión de amor y servicio de la Iglesia.

1. ¿Qué le “saltó a la vista” en los pasajes que leyó?
2. ¿Qué significa ser parte del Cuerpo de Cristo? ¿Qué beneficios, y qué responsabilidades, conlleva pertenecer a esta comunidad?
3. En la Confirmación, somos sellados con los dones del Espíritu Santo. ¿Qué dones del Espíritu Santo ha aprendido a reconocer y a cultivar en usted? ¿Cómo está llamado a usar esos dones para beneficio de otros?
4. ¿Cómo las vidas de los santos le inspiran a “desprender el aroma de Cristo”? ¿Puede distinguir los dones del Espíritu Santo en la vida de la Virgen María?
5. El sacramento de la Confirmación es una oportunidad para reflexionar sobre la misión de amor y servicio que Dios quiere para cada una de nuestras vidas. ¿De qué manera lo que ha aprendido hoy le ayuda a concretar su idea de lo que está llamado a ser, lo que ha sido llamado a hacer con su vida, o lo que siente que está llamado a hacer en el futuro?
6. ¿Cuál es la misión de la Iglesia? ¿Cuál es su papel en llevarla a cabo? ¿Para qué es usted “co-misionado”?
7. El obispo (o su delegado) ha “confirmado” su Bautismo. ¿Cómo puede unir sus esfuerzos con los de su obispo para participar en la misión de la Iglesia en favor de aquellos que son vulnerables?

EUCARISTÍA

“La Eucaristía entraña un compromiso en favor de los pobres: Para recibir en la verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados por nosotros debemos reconocer a Cristo en los más pobres, sus hermanos” (CIC, no. 1397).

La Eucaristía, celebrada como una comunidad, nos enseña acerca de la dignidad humana, nos llama a una relación correcta con Dios, con nosotros y con los demás, nos invita a la comunidad y a la solidaridad, y nos envía en misión para ayudar a transformar nuestras comunidades, vecindarios y el mundo.

1. ¿Qué le “saltó a la vista” en los pasajes que leyó?
2. Reflexione en las palabras del beato Juan Pablo II: “Una comunidad realmente eucarística no puede encerrarse en sí misma” (*Ecclesia de Eucharistia*, no. 39). ¿Por qué es así?
3. ¿De qué manera la Eucaristía le desafía a reconocer su lugar dentro de una comunidad y de la familia humana?
4. ¿Qué tipo de ofrenda puede llevar al altar durante la Eucaristía?
5. ¿Por qué participar de la ofrenda sacrificial y la recepción de la sagrada Comunión en la Eucaristía debe sensibilizarnos con los que sufren y movernos a responder? ¿Cómo se expresa esto en la Eucaristía? ¿Puede recordar algún pasaje de la vida de la Virgen María que ilustre este llamado del Espíritu Santo?
6. ¿Cuál es la relación entre Eucaristía y misión? ¿Cómo se conecta la Eucaristía con el llamado a responder a los problemas en su familia, vecindario o comunidad?

PENITENCIA Y RECONCILIACIÓN

“Muchos pecados causan daño al prójimo. Es preciso hacer lo posible para repararlo . . . El pecado hiere y debilita al pecador mismo, así como sus relaciones con Dios y con el prójimo” (CIC, no. 1459).

A través del sacramento de la Penitencia, somos llamados a examinar nuestras conciencias para identificar las maneras en que no estamos en relación correcta con Dios y los demás. Este examen también nos desafía a reconocer nuestra propia participación en las “estructuras del pecado” que degradan la vida y la dignidad de otros, y hacer todo lo posible para reparar el daño causado.

1. ¿Qué le “saltó a la vista” en los pasajes que leyó?
2. ¿Cómo se conectan el amor a Dios y el amor al prójimo?
3. ¿De qué manera es verdad que el pecado no es nunca un asunto individual?
4. ¿Qué ejemplos hay de “estructuras del pecado” en nuestro mundo? ¿Cómo contribuye personalmente con ellas?
5. ¿Qué pasos puede tomar para ser un reconciliador o pacificador? ¿Para luchar contra el pecado social o disminuir su participación en él? ¿Puede encontrar en la vida de Jesucristo algún momento en que el Espíritu Santo lo movió a la acción social para hacer la voluntad de su Padre?

UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

“Cristo invita a sus discípulos a seguirle tomando a su vez su cruz. Siguiéndole adquieren una nueva visión sobre la enfermedad y sobre los enfermos. Jesús los asocia a su vida pobre y humilde. Les hace participar de su ministerio de compasión y de curación” (CIC, no. 1506).

A través del sacramento de la Unción de los Enfermos, la Iglesia lleva a cabo la misión de Jesús de compasión y curación de los enfermos. El que está enfermo también puede ministrar a otros. Al unir sus sufrimientos a Cristo, los que están enfermos pueden ser signos de la fe y testigos de la resurrección de Cristo ante toda la comunidad.

1. ¿Qué le “saltó a la vista” en los pasajes que leyó?
2. ¿De qué manera este sacramento hace hincapié en la comunidad de la Iglesia como “Cuerpo de Cristo”?
3. Las personas que están enfermas y las que están sanas se “ministran” unas a otras a través de este sacramento de diferentes maneras. ¿Cuál es el papel de cada una? ¿Por qué son importantes?

4. ¿De qué manera es este sacramento un reflejo del ministerio de Cristo? ¿Puede recordar algún pasaje bíblico que ilustre la importancia que le da Jesucristo a la acción en favor de los enfermos? ¿O el papel del Espíritu Santo inspirando a los creyentes a la acción?
5. ¿Cómo puede una persona que está enferma actuar como un faro de esperanza para los demás?
6. ¿Cómo puede nuestra presencia y apoyo a los que están enfermos transformarnos a nosotros y a los demás?

MATRIMONIO

“El amor mutuo [de un hombre y una mujer] se convierte en imagen del amor absoluto e indefectible con que Dios ama al hombre. Este amor es bueno, muy bueno, a los ojos del Creador. Y este amor que Dios bendice es destinado a ser fecundo y a realizarse en la obra común del cuidado de la creación” (CIC, no. 1604).

En el matrimonio cristiano, los cónyuges siguen el modelo de amor y entrega de Cristo. Al entregarse y servirse el uno al otro, su familia y la comunidad, se ayudan mutuamente a vivir el llamado de Cristo al discipulado, el amor y el servicio. El matrimonio proporciona un cimiento para una familia comprometida con la comunidad, la solidaridad y la misión de Jesús en el mundo.

1. ¿Qué le “saltó a la vista” en los pasajes que leyó?
2. ¿Cuál es la relación entre el amor de Cristo por la Iglesia y el amor entre los cónyuges en el matrimonio? ¿Cómo ha visto esta relación de amor de Cristo y su Iglesia reflejada en su propia relación o la de otros?
3. ¿Cómo nos fortalece el matrimonio para el servicio a Dios y a la familia humana?
4. ¿Cuál es la relación entre el amor a su cónyuge y el amor a los demás?
5. ¿Como cónyuge o miembro de una familia, ¿cómo puede imitar el amor de Cristo y la comunión de la Santísima Trinidad en sus propias relaciones? ¿Sabe de algún pasaje bíblico que lo ayude a profundizar cómo imitar el amor de Cristo en forma práctica y útil para los que lo rodean?
6. ¿Cómo puede su familia proporcionar una base sólida para la fe, la paz, la solidaridad con la familia humana global y el compromiso con la vida y la dignidad de cada persona humana?
7. ¿Qué pueden hacer la sociedad o las políticas públicas para mejorar la promoción de los matrimonios y familias sanas?

ORDEN SAGRADO

“Este sacramento configura con Cristo mediante una gracia especial del Espíritu Santo a fin de servir de instrumento de Cristo en favor de su Iglesia” (CIC, no. 1581).

Al reunir a la comunidad, seguir el modelo del amor de Cristo por los pobres, presidir la Eucaristía y evangelizar las realidades sociales, los ministros ordenados ayudan a los cristianos a imitar la misión de amor y justicia de Cristo.

1. ¿Qué le “saltó a la vista” en los pasajes que leyó?
2. ¿De qué manera esta reflexión le ayuda a entender mejor el papel del obispo, el sacerdote o el diácono?
3. ¿Cómo pueden los ordenados representar a Cristo en su papel de bendecir y santificar a la Iglesia, puesto que esta llamada a cuidar y a utilizar responsablemente la creación de Dios?
4. ¿De qué manera son los ordenados llamados a ser “ante todo un siervo de los demás”?
5. ¿Cuál es el papel del diácono, el sacerdote y el obispo en la “evangelización de las realidades sociales”? ¿Cómo pueden hacer esto? ¿Qué pasaje de la vida de la Virgen María ilustra el gozo espiritual de recibir el anuncio de la Buena Nueva y su significado en las realidades sociales?
6. ¿De qué manera los miembros del “sacerdocio común de los creyentes” y los ordenados en el “sacerdocio ministerial” están llamados a trabajar juntos para combatir la pobreza y la injusticia? ¿En qué otra forma ha colaborado la Virgen María con el ministerio de los obispos en la historia de la edificación de la Iglesia en nuestro continente?

Los Sacramentos y la Misión Social



Los sacramentos y la misión social: vivir el Evangelio, ser discípulos, enlaza la celebración de los sacramentos y la misión social de los seguidores de Jesús y los miembros del Cuerpo de Cristo, y se centra en la conexión esencial entre nuestra fe y cómo ponemos el amor en acción en el mundo.

Otros recursos

Dios es amor

Deus Caritas Est

El Santo Padre Benedicto XVI explica las diversas dimensiones del amor y vincula el trabajo caritativo de la Iglesia con el amor de Dios como Trinidad, señalando que la Iglesia debe expresar el amor a través de actos de justicia y caridad.

Inglés: No. 5-758, 64 pp.; español: No. 5-922, 64 pp.

El sacramento de la caridad

Sacramentum Caritatis

El papa Benedicto XVI examina la importante relación entre la Eucaristía y los demás sacramentos, y conecta las implicaciones sociales de la Eucaristía con la enseñanza social de la Iglesia.

Inglés: No. 7-002, 100 pp.; español: No. 7-800, 103 pp.

Los dos pies del amor en acción

Trata de cómo los cristianos podemos recorrer el camino del amor abordando las preocupaciones de la justicia social y apoyando obras de caridad en la comunidad.

Inglés: No. 7-348, folleto, paquete de 50; español: No. 7-855, folleto, paquete de 50

Formando la conciencia para ser ciudadanos fieles

Los obispos se centran en ayudar a los católicos a formar su conciencia utilizando los valores de su fe para plasmar su participación en la vida política, y poder así formular sólidos juicios morales sobre las decisiones públicas.

Inglés: No. 7-235, 36 pp.; español: No. 7-847, 42 pp.

Comunidades de sal y luz (ed. rev.)

Declaración de los obispos para pastores y líderes parroquiales que buscan fortalecer el ministerio social parroquial. Presenta siete elementos de la misión social de las parroquias como marco para planificar y evaluar ese ministerio.

Inglés: No. 5-764, 32 pp.

Directrices para la celebración de los sacramentos con personas con discapacidad

Estas directrices dan expresión concreta a la constante preocupación de los obispos por dar acceso a la participación sacramental plena de los católicos con discapacidad, y presenta una serie de principios generales útiles para todos los que sirven a o junto a católicos con discapacidad.

Inglés: No. 5-425, 24 pp.

Concilio Vaticano II

Serie Pensamientos espirituales

El papa Benedicto XVI continúa la tradición, abordando la necesidad de elaborar una nueva visión económica, política, cultural y espiritual para interpretar la dinámica de la sociedad actual.

Inglés: No. 7-367, 90 pp.

Visite usccbpublishing.org o llame gratis al 800-235-8722 para pedir recursos.

Visite Amazon, iTunes, y usccbpublishing.org para pedir recursos de la USCCB disponibles en formato de libros electrónicos.



USCCB
COMMUNICATIONS

Publicación No. 7-856
Washington, DC
ISBN: 978-1-60137-856-9

ISBN 978-1-60137-856-9



9 781601 378569